



Rusia y Ucrania: Una mirada desde la historiografía reciente

Martín Artola Korta¹

Paul D'Anieri: *Ukraine and Russia: From Civilized Divorce to Uncivil War*. Cambridge, Cambridge University Press, 2019. 282 pp.

José M. Faraldo: *Sociedad Z. La Rusia de Vladimir Putin*. Madrid, Báltica, 2022. 139 pp.

Karl Schlögel: *El siglo soviético. Arqueología de un mundo perdido*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2021. 928 pp.

La guerra entre Rusia y Ucrania, comenzada en febrero de 2022, es la última y más trágica de las guerras estalladas en el espacio postsoviético. Aunque en algunos de sus aspectos sus antecedentes nos puedan hacer recordar a otras guerras postsoviéticas, como la primera guerra del Nagorno Karabaj o la guerra de Abjasia, su naturaleza es radicalmente diferente. Más allá de su estallido en las “puertas de Europa”, hablamos de la ofensiva de un Estado, Rusia, que se percibe a sí mismo como una gran potencia resurgida tras una humillación y que se muestra dispuesta a romper con las fronteras que se establecieron tras el colapso de la Unión Soviética.

Esta postura resulta llamativa teniendo en cuenta, por ejemplo, que en 1994 Rusia se adhirió al programa de la OTAN “Asociación para la Paz” con el ánimo de establecer una cooperación “de largo alcance” con esta alianza militar (Rynning, 1996: 211). Treinta años después, la confrontación entre Rusia y lo que comúnmente conocemos como Occidente es frontal y, una vez más, hace temer a muchos con el fantasma de la guerra nuclear. Para comprender este cambio radical en la postura del Kremlin presentamos tres trabajos publicados a partir de la anexión rusa de Crimea en 2014. En todos ellos encontraremos claves historiográficas para conocer qué hay detrás de la guerra en Ucrania.

Las primeras dos reinterpretan el legado soviético, tratando así de encontrar la raíz del conflicto en la desaparecida civilización o en los primeros años después de su colapso. La tercera es un estudio de Ucrania y Rusia desde las relaciones internacionales a partir de 1991.

Como el título de esta nota indica, el conflicto no es su temática principal, sino que analizaremos producciones historiográficas que profundizan en la historia reciente de Rusia y Ucrania. Es de hecho una tendencia historiográfica que promete ser cada vez más popular entre los especialistas de todo el mundo. Tras dejar atrás los años noventa y los dos mil, cuando los historiadores reinterpretaron por completo la historia de la URSS, esos mismos especialistas encuentran ahora en ese periodo de

¹ Ivane Javakhishvili Tbilisi State University (Georgia)
E-mail: martin.artola@tsu.ge

tiempo, en el mundo posterior a la caída del bloque del este, un objeto de estudio casi virgen necesitado de investigaciones exhaustivas.

Esta es, por ejemplo, una de las premisas de la obra de José M. Faraldo. Si bien su título hace referencia a la *Sociedad Z*, es decir, al resultado actual de ese devenir histórico, es un ensayo donde la experiencia de los años noventa y los primeros dos mil ocupan un lugar fundamental. En otras palabras, tal y como lo demuestra el autor, no es posible comprender la Rusia actual sin tener en cuenta ese periodo histórico. Precisamente por eso, la obra se remonta hasta los últimos años de la Unión Soviética para posteriormente acabar con la Rusia de Vladimir Putin. Cuando señala a los años noventa como el origen de todo, lo hace revelando el trauma que supusieron estos años para la sociedad rusa. Hablamos de la crisis económica y social, de las injustas liberalizaciones, del auge de la iglesia ortodoxa y la explosión cultural, un cóctel que dejó una profunda herida en la recién formada federación.

Este “trauma” es un aspecto fundamental para comprender la Rusia actual. Aunque la historiografía todavía no haya estudiado suficientemente este fenómeno y la historia de la Rusia de los noventa esté todavía por hacer, sobre todo si hablamos de la historia social, progresivamente cada vez más académicos están centrando sus esfuerzos en estudiarlo. Recientemente, por ejemplo, el economista Gabor Scheiring, junto a otros investigadores, ha publicado un estudio sobre las consecuencias socioeconómicas de las privatizaciones y la desindustrialización en los países que formaron parte del bloque del este. Según este artículo, existe una correlación directa entre este proceso de desindustrialización y el considerable aumento en la mortalidad y la reducción de la esperanza de vida (Scheiring *et al.*, 2023). También existen otros estudios que se centran en el incremento de la pobreza o del alcoholismo, que en su conjunto nos ofrecen una visión detallada de las consecuencias sociales de todo este proceso (Nemtsov, 2011).

Desde la historiografía, los principales esfuerzos se han centrado en ofrecer una historia política de este proceso. Por destacar dos ejemplos, el historiador ucraniano Serhii Plokhly dedicó el epílogo de su imprescindible obra *The Last Empire: The Final Days of the Soviet Union* a este respecto (Plokhly, 2014). De forma más extensa, Stephen Kotkin describió los procesos políticos en la Rusia de Yeltsin en *Armageddon Averted. The Soviet Collapse, 1970-2000* (Kotkin, 2001). Ambas obras servirán como punto de partida para los esfuerzos futuros en la tarea de reconstruir estos turbulentos años. Aunque se centre en Europa, la obra de Philip Ther (2016) ofrece un marco teórico interesante para esta empresa. Ther investiga la historia de Europa occidental “desde el este” tras la caída del muro de Berlín. No obstante, aquellos territorios que no se fusionaron por completo con Europa están más desplazados en la obra. Eso no impide que la obra sea destacable para las futuras investigaciones en este ámbito.

Volviendo a la obra de Faraldo, una vez aclarada la situación que vive la historiografía en este caso particular, su análisis de los años noventa supone un primer paso para construir esa historia incompleta desde una óptica diferente a la habitual. Afirmando la existencia de tal “trauma”, por ejemplo, pone de relieve la importancia de esas circunstancias en la experiencia de los ciudadanos rusos y en la formación de las identidades a lo largo de esa década.

Con la llegada de Vladimir Putin a la presidencia de la Federación Rusa, el autor señala otro momento clave para comprender las décadas posteriores: la guerra de Chechenia. Según Faraldo, la sangrienta guerra y la posterior lucha contra el terro-

rismo checheno fueron una de las claves para conocer a dónde se dirigía el nuevo presidente. Las prácticas utilizadas para atajar ese problema serían, de este modo, el origen de ese régimen. Este fragmento es acompañado también con otros capítulos que describen cómo fue acumulando poder dentro de las estructuras de poder.

En forma de paréntesis, sin perder la linealidad de su ensayo, también incorpora capítulos más concretos que resultan fundamentales para conocer la Rusia actual. El fragmento que toma su nombre prestado de Dostoyevski, *Humillados y ofendidos*, es quizás el más destacable de todos ellos. Todo aquel especialista familiarizado con los años noventa y los dos mil en Rusia conoce ciertos conceptos, que son difícilmente catalogables como materiales o concretos, pero que perduran hasta nuestros días influyendo sustancialmente en muchos ámbitos de la realidad.

Lo que se considera por muchos rusos como una “humillación” es uno de esos conceptos. Trasladar a las palabras esa sensación o percepción no es en absoluto sencillo. No hablamos del hecho de haber perdido la Guerra Fría, sino más bien de las relaciones asimétricas que fueron establecidas entre Occidente y Rusia tras el colapso de la URSS. Faraldo lo ejemplifica con la llegada de los “expertos” o los famosos “asesores”. Se trata de los profesionales de diversos ámbitos procedentes de los Estados Unidos o Europa que, lejos de preocuparse de las miserias que sus recetas podrían generar, favorecieron la creación de una economía de mercado con un grado de oligarquización que perdura hasta nuestros días. Este hecho supuso el primer desengaño en Rusia hacia Occidente y generó, como bien lo afirma, que muchos rusos volvieran a desconfiar tanto de ese mundo occidental, como de sus principios políticos.

La segunda parte del libro está dedicada a la evolución de Putin como la personificación del poder en Rusia, así como al desarrollo histórico de su sistema hasta la actualidad. Describe las principales características de sus mandatos, sus logros y sus deficiencias. Encontramos aquí conceptos originales como el de la “simulación”, que se repite en varias ocasiones en el texto al abordar la segunda década de este siglo. En particular, lo utiliza para describir el funcionamiento de las instituciones, formalmente democráticas, pero que, según el autor, solo era un “reflejo de apariencia”.

Entre las deficiencias, donde Faraldo hace un énfasis, podríamos enumerar varias. La principal y la que parece más grave es la incapacidad que ha mostrado Rusia de ser una Gran Potencia por medio de la economía o la innovación, haciendo a Putin confiar en el poderío militar para ejercer como potencia. Esto lo ejemplifica con el caso del sector digital ruso, excepcionalmente dinámico en Rusia y que, en los últimos años, por las propias dinámicas del sistema, no ha podido desarrollarse como se esperaba.

Para comprender la guerra actual, a la dependencia al poder militar se le junta el rol del nacionalismo ruso. Aquí el autor incorpora las tesis ya defendidas en una obra anterior (Faraldo, 2020), aunque acuña también otros, como el que afirma ser el “neoimperialismo” ruso. Todos estos elementos que hemos señalado aquí son los que según Faraldo conforman el origen de la decisión, no del todo racionalizada, de iniciar la guerra en Ucrania.

Sin abandonar por completo la obra de José M. Faraldo, es interesante incorporar aquí el trabajo de Karl Schlögel. Su publicación es anterior a los eventos de febrero de 2022. Aunque su edición al español fuese publicada un año antes de esa fecha, el original en alemán se publicó en 2018. De hecho, como el propio Schlögel afirma en el prólogo, el “impulso definitivo” a la hora de decidirse a escribir esta obra se debió

a la anexión rusa de Crimea, algo que, según él, obligaba a “revisitar el imperio desaparecido”. Ese es el objetivo principal de la obra, aunque esta “arqueología de un mundo perdido” es una obra única, radicalmente diferente a cualquier otra que haya tratado de hacer lo mismo.

No estamos ante una de tantas historias de la Unión Soviética que comienzan con la revolución de octubre y finalizan con el colapso. No cuenta con la clasificación clásica de los años de la NEP, el estalinismo de los años treinta, la Segunda Guerra Mundial y así sucesivamente. Por el contrario, este libro es una verdadera arqueología con su consecuente musealización.

La distribución del libro puede hacernos creer que se trata de una colección de ensayos independientes sobre diversos episodios o elementos de la historia soviética. No obstante, una vez estudiado el trabajo en su conjunto, queda claro que no se trata de nada parecido. Como nos advierte la propia introducción, el libro se compone de diversos estudios, agrupados en veinte bloques, que forman parte de un “recorrido” predeterminado. Cuando leemos la obra, recorreremos con la compañía del autor un yacimiento imaginario. Durante este recorrido Schlögel se esmera en que el lector no sustraiga los objetos o los episodios en forma de ensayos de su contexto original, al parecer, para evitar que pierdan todo su significado o lo que puedan aportar a la obra en su conjunto.

Aclarado esto, para poder analizar la obra e insertarla en esta nota bibliográfica, utilizaremos los términos que nos propone el propio autor. Su “recorrido transversal” comienza en los bazares de Moscú y finaliza en un *musée imaginaire*, un gran museo dedicado a la “civilización soviética”, ubicado a propuesta del autor en el emblemático edificio de la Lubianka, sede central de la policía secreta durante los años soviéticos. Como avanza el autor nada más llegar a esa última parada de nuestro recorrido, ese es el lugar concreto donde se levanta este museo y donde desemboca todo lo recogido durante nuestro recorrido, ensamblado en forma de exposición.

Esto es, en pocas palabras, lo que ofrece el *Siglo soviético* en sus casi mil páginas. Pero como ocurre en cualquier visita a un museo o a un yacimiento, no es suficiente con describir su sentido más general. También es importante conocer qué hemos visto en ese recorrido. Nos encontramos, entre otros, objetos y fragmentos que hablan de todas las facetas de la vida soviética y se cubren con ellos cada una de las épocas que vivió la civilización. En el libro contamos con estudios sobre los perfumes, la basura, las cocinas, los rótulos de las tiendas, las colas... En definitiva, innumerables elementos que hablan de diversas facetas de la realidad y que ayudan al autor a acercarse a su ideal inalcanzable de escribir una *histoire totale*.

Si lo observamos con el punto de vista del historiador, esta obra es la historia de la civilización soviética: su vida cotidiana, su política y su cultura entre otros. Al fin y al cabo, al leer la historia del perfume, el autor escribe no solo la historia del objeto, sino también la historia soviética. Así, gracias a estos objetos y fragmentos, recorreremos todas las épocas de la Unión Soviética, desde la revolución de octubre hasta el colapso del país. Es también, por tanto, una historia de la URSS, aunque algunos de sus capítulos también incluyen otros periodos cronológicos, como los del Imperio Ruso o el de la Rusia postsoviética.

El estalinismo es la época que más atención recibe en la obra y es por eso por lo que muchos de los objetos y fragmentos son procedentes de este periodo. Basándose en *La URSS en construcción*, por ejemplo, el autor nos habla del “poder de las imágenes” y de cómo esta revista ilustrada fue un emblema de la propaganda soviética

donde se enaltecían los logros de la industrialización durante los primeros planes quinquenales. La enciclopedia soviética, probablemente la pieza más importante del recorrido, muestra la forma en la que los bolcheviques entendían la ciencia, pero también el paso fugaz del tiempo durante el estalinismo y las huellas de la represión entre sus autores. En este caso, es uno de los objetos mejor estudiados entre todos los ensayos y su historia se alarga hasta la llegada (o el retorno) de las enciclopedias extranjeras tras el derrumbe del comunismo. Otro punto del recorrido que resulta llamativo es el dedicado a los grafitis. Comienza describiendo las famosas pintadas del Reichstag al ser capturada por las tropas soviéticas en mayo de 1945. Posteriormente, describe las menos conocidas, aquellas realizadas en los años ochenta, con motivo de protesta contra las guerras o en favor de unas iniciativas “desde abajo” que nunca se vieron con buenos ojos por las autoridades soviéticas.

Por último, el bloque dedicado a los así llamados “espacios de libertad” es también reseñable por su importancia historiográfica. Aquí se enumeran aquellos lugares o circunstancias donde la vida de los soviéticos encontraba mayores márgenes de libertad. Los más destacables son las exploraciones de los años treinta, cuando los exploradores soviéticos se lanzaron a reconocer hasta los últimos espacios de su geografía. También están las vacaciones y el turismo, donde a falta de viajes al extranjero, los viajes a diversas ciudades y playas de la unión permitía salir de la monotonía de la cotidianidad.

Como observamos, mientras que tanto la obra de Faraldo como la de Schlögel responden a motivos similares, es decir, a los acontecimientos entre Rusia y Ucrania en los últimos años, Schlögel no establece una relación entre sus conclusiones y estos hechos. El periodo postsoviético es en ocasiones anecdótico en su obra, en especial cuando la historia de los objetos o de los fragmentos se alarga hasta entonces. La Rusia postsoviética se muestra en ejemplos de negación de lo soviético o como la muerte progresiva de todos los elementos que se señalan en la obra. Sin embargo, entre esos párrafos encontramos puntos en los que se centra Faraldo, por ejemplo, la corrupción, la globalización, el ascenso del mercado privado o el de la iglesia ortodoxa.

Una obra que sí se centra en exclusiva en ese periodo histórico es *Ukraine and Russia: From Civilized Divorce to Uncivil War* de Paul D’Anieri. Concretamente, estudia las relaciones entre Ucrania y Rusia desde los acuerdos de Belevzha hasta los pactos de Minsk y, como en el caso de Faraldo, su objetivo es conocer los orígenes del conflicto entre los dos países. La publicación de este distinguido politólogo especializado en relaciones internacionales se remonta a 2019. Por lo tanto, su análisis muestra como punto álgido de las disputas entre los dos países los acontecimientos de 2014 y 2015. Combinando el enfoque histórico con el de las ciencias sociales, la investigación de D’Anieri es, sin duda, uno de los mejores estudios sobre las relaciones entre Rusia y Ucrania publicados en los últimos años.

La obra parte de las premisas teóricas del realismo neoclásico, según el cual, aunque el dilema de la seguridad pueda condicionar la política internacional, los factores internos de los países influyen en la forma en la que los actores responden ante sus desafíos (con márgenes de decisión reducidos en ocasiones). Siguiendo este método, D’Anieri dedica una parte considerable de su obra a investigar esos factores internos, aunque sin apartar la mirada de las relaciones entre los dos protagonistas y la de estos con terceros actores. El resultado es una obra sobria pero contundente que evita utilizar ciertos adjetivos calificativos heredados de los medios de comunicación y que carecen de utilidad en un estudio de estas características.

Para comenzar, el autor se remonta a los últimos instantes de la Guerra Fría. Entre 1989 y 1991, la URSS comenzó a desmoronarse como consecuencia del creciente poder de los nacionalistas de diversas repúblicas. Una detrás de otra, estas repúblicas comenzaron a declarar primero su soberanía y después su independencia, dejando a Mikhail Gorbachov al mando de un país sin territorio y obligándolo a dimitir. En este contexto, en diciembre de 1991 se celebró el Acuerdo de Belavezha, donde Borís Yeltsin, Leonid Kravchuk y Stanislav Shushkevich, los presidentes de las repúblicas de Rusia, Ucrania y Bielorrusia respectivamente, declararon la disolución de la URSS y la creación de la Comunidad de Estados Independientes. Se trata del “divorcio civilizado” al que hace referencia D’Anieri en el título de su obra, aunque, como explica, incluso entonces los términos de ese divorcio no estaban claros y no eran objeto de consenso entre Rusia y Ucrania. Para Yeltsin lo acordado era la disolución de la Unión Soviética y la formación de la CEI, un órgano confederal donde Rusia mantendría el liderazgo y cierto control sobre los territorios exsoviéticos. Para la Ucrania de Kravchuk, en cambio, la CEI no comprometería su soberanía y serviría tan solo para gestionar la desintegración de la URSS. Según el autor, este desencuentro marcaría un conflicto de intereses entre los dos países desde un primer momento.

Entre 1991 y 1993, estos desencuentros se agravaron. D’Anieri asevera que, por un lado, el rol que Rusia debería ocupar en el mundo era motivo de disputa, en este caso entre Rusia y los países occidentales. Mientras que estos últimos creían que Rusia se convertiría en un país europeo “normal” (las comillas son del propio autor), Rusia descartó deshacerse del estatus de Gran Potencia. Por otro, el nacionalismo ruso y el ucraniano confirmaron las discrepancias de Belavezha. Mientras que Ucrania no pensaba en desprenderse de su independencia, Rusia (y no solo sus dirigentes) consideraba a Ucrania un pueblo inseparable del ruso. Esta fricción esencial se agravó, más todavía, con las exigencias rusas por Crimea, que la consideraban su territorio y donde la lucha por la ciudad de Sebastopol, sede de la flota del Mar Negro, centró gran parte de las discusiones. El autor concluye que estas primeras discrepancias fueron los “ingredientes básicos” para formar el conflicto actual.

Tras esto, la obra analiza el desarrollo histórico, tanto doméstico como exterior de los dos países, mostrando cómo estas fricciones fueron evolucionando. En el caso de Rusia destaca la cada vez mayor desconfianza hacia occidente, la erosión de la democracia y la formación de dos formas de plantear las relaciones internacionales. En primer lugar, la doctrina del *blizhneye zarubezhye* o el “extranjero cercano” y, en segundo lugar, el uso de la energía, más en concreto el gas, para poder influir en ese espacio para generar dependencia económica y, en consecuencia, también política. En el caso de Ucrania, encontramos las dificultades económicas, la división política (reflejo de la diversidad de intereses entre diferentes oligarcas) y la creciente dependencia hacia Rusia que obligaba a sus mandatarios a llevar a cabo políticas pragmáticas, contando siempre con su vecino del este.

A pesar de la existencia de estas contradicciones, D’Anieri sitúa el verdadero punto de inflexión de todo este proceso en la Revolución Naranja de 2004. Como comenta, cuando intuyó haber perdido a Ucrania para siempre, Rusia se sintió humillada, carente de toda capacidad de “retener” a Ucrania y sin poder ejercer como Gran Potencia. La reacción de Moscú fue culpar a los países occidentales por sus interferencias, entendiéndolo como una agresión contra su país. No obstante, como añade, los eventos de 2004 no fueron un “momento de cambio”, más teniendo en cuenta la creciente desconfianza entre los dos países y el agravamiento de su conflic-

to, pero lo que sí admite es que la Revolución Naranja condicionó todos los acontecimientos que lo siguieron.

Sin embargo, dentro de Ucrania, ese momento de cambio no es tan evidente. Yanukovich volvió a la presidencia en 2010 y tras dejar atrás el gobierno prooccidental de Yúshchenko, las posturas entre Ucrania y Rusia volvieron a acercarse, aunque las fricciones no desaparecieron o incluso empeoraron. Durante la presidencia de Yanukovich, la política exterior ucraniana siguió la dirección “multivectorial” que había propuesto anteriormente Leonid Kuchma. El país trataba de compaginar sus aspiraciones europeas con un acercamiento a Rusia, una postura llena de contradicciones y casi imposible de compaginar. Esta dificultad se evidenció en la antesala de las protestas del Maidan, cuando el Acuerdo de la Asociación entre Ucrania y la Unión Europea se mostraba incompatible con la Unión Aduanera Euroasiática que proponía el Kremlin. La UE y Rusia competían por Ucrania y Yanukovich, completamente dependiente del dinero ruso para evitar la quiebra del país, se retiró de las negociaciones del Acuerdo de la Asociación, generando con ello las protestas y su derrocamiento. Las consecuencias de esta crisis son conocidas por el lector, aunque el autor las describe al detalle. Su tesis sobre las razones de la posterior intervención rusa en territorio ucraniano es de gran relevancia. Asegura que, ante la derrota política, Rusia acudió al uso de la fuerza para hacerse con el país y añade que la anexión de Crimea, con una operación bien ejecutada, estaba planificada con antelación.

Además de describir con gran detalle todos estos eventos, a lo largo del libro D’Anieri desgrana los factores que favorecieron el conflicto bélico. Como él mismo lo afirma, “el derrocamiento de Yanukovich no causó el conflicto”, solo lo desencadenó. Por ello, presta particular atención a los largos antecedentes, algunos de los cuales ya los hemos mencionado. Además de las diferencias sobre el papel que Rusia debía ocupar en el escenario postsoviético o las reclamaciones de territorio ucraniano, el dilema de la seguridad es un concepto que se repite en varias ocasiones en el texto. Se refiere a la dinámica de la política internacional donde un Estado, buscando su seguridad, amenaza la seguridad de otros Estados, generando un círculo vicioso. Tal y como lo demuestra, tanto Ucrania como Rusia entraron en esta dinámica produciendo una desconfianza cada vez mayor entre los dos.

Un segundo concepto que debemos destacar es la relación que establece entre la democracia o, más en concreto, la democratización con la geopolítica. Mientras que occidente contemplaba a la democracia como garante de la paz y un medio para reforzar la seguridad, en Europa del Este la democratización significaba terminar con el *statu quo*. Rusia interpretó este proceso como una amenaza contra sus intereses, pues consideraba que las nuevas democracias liberales se alinearían de forma natural con Estados Unidos y la Unión Europea. Por ello, mientras estos dos países presionaron cada vez más para generar estos cambios, Rusia se opuso a aceptar esta democratización en su “extranjero cercano” y los consideró una nueva forma de guerra contra su país.

Si en el caso de Faraldo hemos mencionado que la historia postsoviética de Rusia está todavía por escribirse, algo similar ocurre también con Ucrania. La obra de D’Anieri, a pesar de sus grandes aportaciones, constata precisamente que muchos de los episodios críticos de las últimas tres décadas todavía no han sido estudiados suficientemente. Al tratarse de una investigación desde las relaciones internacionales, el fortalecimiento de la identidad nacional ucraniana desde la independencia no recibe excesiva atención. Es más que probable que los historiadores presten una atención

especial a esta cuestión en los próximos años, más teniendo en cuenta la reacción de la población en la guerra comenzada en 2022. También encontramos fragmentos de la historia todavía por descubrir. Cuando el autor analiza las protestas de Maidan Nezalezhnosti, por ejemplo, se observa que algunos de sus aspectos deben ser investigados en el futuro, como el caso de los famosos francotiradores, que condicionaron la destitución y la huida de Yanukovich y desencadenaron el conflicto armado.

En definitiva, aunque no es sencillo comparar estas tres obras por su contenido, todas ellas nos ofrecen claves historiográficas de gran valor para comprender los antecedentes del conflicto y, sobre todo, la historia reciente de Rusia y Ucrania. Es previsible que los investigadores que tradicionalmente han trabajado el periodo soviético centren progresivamente sus miradas en estudiar las consecuencias de la caída de la URSS y las primeras tres décadas de historia de los países postsoviéticos desde su independencia. Faraldo, Schlögel y D'Anieri han dado un gran paso en esta dirección y han establecido las bases para ese futuro.

Bibliografía

- Faraldo, José M. (2020): *El nacionalismo ruso moderno*, Madrid, Báltica.
- Kotkin, Stephen (2001): *Armageddon averted. The Soviet collapse*, Oxford, Oxford University Press.
- Nemtsov, Alexandr (2011): *A contemporary history of alcohol in Russia*, Huddinge, Södertörns högskola.
- Plokhyy, Serhii (2014): *The last empire: The final days of the Soviet Union*, New York, Basic Books.
- Rynning, Sten (1996): "A balancing act: Russia and the Partnership for Peace", *Cooperation and Conflict*, 31 (2), pp. 211-234.
- Scheiring, Gábor *et al.* (2023): "Deindustrialisation and the post-socialist mortality crisis", *Cambridge Journal of Economics*, 47 (2), pp. 341-372.
- Ther, Philipp (2016): *Europe since 1989. A history*. Princeton, Princeton University Press.